jeto del culto que la Iglesia prestaba á María Santísima en la fiesta de la Concepción.

La tercera comienza en la *fiesta de la Concepción en Roma,* hecho que determinó gran movimiento teológico, declarándose en favor del dogma, la Universidad, las Ordenes Religiosas, los reinos enteros.

La cuarta corre de 1476 á 1622, y puede llamarse *de los Romanos Pontífices,* porque los Papas favorecieron grandemente la común doctrina y permitieron la propagación del culto de la Inmaculada, que comenzó á tener oficios y misas propios.

La quinta ofrece la particularidad de que Gregorio XV, á la palabra *santificación*, usada en la liturgia, substituyó la de CONCEPCION.

La sexta fué insigne por el gran número de iglesias particulares y reinos enteros que obtuvieron de los Sumos Pontífices facultad de convertir en fiesta de precepto la de la Concepción Inmaculada, que en 1708 llegó á ser obligatoria para la Iglesia universal por mandato del Papa Clemente XI.

La séptima superó á las otras por la concesión de Pío VII en 1815, que introdujo en el Prefacio la fórmula tan precisa de *In Conceptione Immaculata,"* y la última comprende desde Gregorio XVI hasta Pío IX. (6)

Pero sucede con los dogmas de fe lo que con las verdades naturales. Por la orientación especial de los espíritus en cada época de la humanidad, aunque las crea constantemente y más ó menos implícitamente las confiese, no las cultiva siempre (es la expresión propia) con igual ahinco y esmero, y en edades determinadas es cuando más vienen á estudiarse, discutirse y resplandecer.

El siglo XIII, el siglo cristiano por excelencia, el que tuvo filósofos como Santo Tomás, poetas como Dante, apóstoles como San Francisco, Papas como Inocencio III, guerreros y reyes como San Luis y San Fernando, códigos como las Siete Partidas, (7) universidades como Oxford y París; el siglo de la mayor eflorescencia cristiana, el del verdadero y santo renacimiento, el siglo cuyo espíritu hubiera llevado á la tierra á perfección inconcebible, si sus tendencias no se hubieran torcido y ofuscado en las épocas siguientes, por lamentables causas; ese siglo—decimos—debía ser también y lo fué el siglo de la Inmaculada, resonando en la Sorbona la poderosa elocuencia del gran irlandés Scoto, que hacía brillar la Concepción sin mancilla de la Madre de Dios á la luz de aquel argumento, breve é irresistible como el rayo: *potuit, decuit, ergo fecit!*



El siglo XVII también fué siglo de María (8). Edad de grandes talentos en todo orden, en la literatura, en las ciencias, en la guerra, en el gobierno, en el púlpito; edad cristiana que fundó el culto del Sagrado Corazón, produjo hombres insignes que estudiaron los dogmas, la tradición y la historia, y anhelaban la declaración de la Inmaculada, como nuevo homenaje á la Madre de Dios, nueva gloria á la Iglesia, y amparo de la fe y estímulo de la virtud.

Bossuet, el primer orador moderno, quizá el primero de los siglos, teólogo insigne que aniquiló científicamente la mayor de las herejías, émulo de San Agustín por el genio; de Oriégenes por la erudición, de Tertuliano por la sobriedad de su férreo estilo, y superior á todos por la elocuencia, armonizadora admirable de las bellezas del arte clásico y las del arte cristiano, Bossuet en una de sus cartas se lamentaba, quizá con excesiva amargura, de que la Iglesia no declarase el dogma de la Inmaculada, que él, en la clarividencia de su genio, iluminado por fe sencilla y profunda, percibía con la lucidez de un principio primero. "¡Cuán depravada es la naturaleza humana! —exclamaba tristemente.—La Iglesia no osa decidir que la Santa Virgen, Madre de Dios, nació sin la mancha del pecado. ¡Cuán depravada la naturaleza humana! ¡Cuán profundo y cuán espacioso su mal! ¡Oh pureza! ¡Oh visión! ¡Oh verdad! ¡Oh luz! ¡Oh vida! ¿cuándo os contemplaré? ¡Oh Dios! ¿cuándo estaré en vuestra presencia? (9)

Pero no, no era la depravación de la naturaleza humana la que impedía á la Iglesia declarar el suspirado dogma; era quizá la prudencia casi profética de la Santa Sede, ó al menos Dios de esa depravación se sirvió para sacar mayor partido de aquel tesoro, haciéndolo brillar en épocas de más densas tinieblas, de más recios embates, de incredulidad más obstinada por

ser más sabia, de pesimismo y desesperación desconocidos antes.

Ya la necesidad de mayor estímulo espiritual, asomaba bruscamente y hacía prorrumpir al gran Obispo en queja tan amarga; pero ya vendrá el siglo XVIII, seco, frío, burlón, frívolo, á aumentar esa necesidad de modo inexplicable, sin estar él mismo en condiciones de aprovechar la medicina, porque había llegado á aquella madurez de irreligión—como dice nuestro Bernardo Couto—en que ya no se razona, sino que se desprecia: *quum in profundum venerit, contemnit.* El error de Comte entraña algo de verdad y puede merecer lástima y hasta disculpa; el desprecio de Voltaire es más que la negación de todo y no entraña ningún elemento humano que atraiga hacia sí la misericordia divina. Dios puede perdonarlo, porque todo lo puede, pero de modo enteramente sobrenatural.

El siglo XIX llegó, y Francia, que iba á la cabeza del mundo, después de sufrir la tiranía del populacho y de anegarse en lágrimas y sangre, se vió sujeta al despotismo militar más absoluto, y arrastrada á la guerra continental más loca. Los horrores de la revolución primero, las angustias de las luchas y los desengaños del desastre después, la hicieron volver á Dios los ojos, estimulada á ello por las medidas Napoleónicas y por el estilo admirable de Chateaubriand y el genio de Lammenais y de De Maistre.

El Clero escaso, poco instruído quizá, necesitaba entonces poderosos auxiliares, y como la fe principiaba á conquistar grandes inteligencias en la clase seglar, comenzó á formarse ese apostolado laico, la más pura gloria de Francia en el siglo, y que había de tener después en toda Europa y aun en América, émulos dignos, entre los que descuella sin disputa el gran Donoso Cortés.

El siglo XIX inicióse con un acontecimiento que por entonces ni tuvo resonancia, pero que debía influir en la historia eclesiástica poderosamente: El 2 de Febrero de 1801, fiesta de la Purificación, seis jóvenes, todos sabios, todos de gran corazón como de gran inteligencia, y ¡cosa extraña! la mayor parte médicos, (10) se reunían en la celda de un jesuíta perseguido, el insigne Padre Delpuits, y fundaban, ó más bien dicho



reconstruían, bajo el amparo de María, Auxilio de los Cristianos, una congregación llamada de la Virgen, que, según el Conde de Mun, autoridad irrecusable, fué la cuna de la vida religiosa de la época. (11)

Los católicos abandonaban la actitud del siglo anterior. Así en Francia como en Alemania, España é Italia, sus filas se alineaban, mejoraba su disciplina, se enardecía su celo, y el clero, reformándose cada día, ayudado de poderosos auxiliares de la clase seglar, emprendía denodada lucha contra los errores, herencia del último siglo, y contra los que iban apareciendo nuevamente.

La impiedad en vista de esa actitud y de esos aprestos, apercibíase por su parte á la lucha y habría de librar á mediados del siglo la batalla más reñida en que la Iglesia haya combatido; pero ya la Madre de Dios, Auxilio de los Cristianos, la vencedora del Islamismo, cuya bandera era la enseña de las huestes católicas, vendría generosa en su ayuda.

En la Iglesia florecía cada vez más el culto de la Virgen. Junto á la congregación formada por aquellos jóvenes sabios, beneméritos de su religión y de su patria, formábanse otros de la aristocracia y del ejército (ésta llámase de Nuestra Señora de las Victorias); y á ejemplo de Francia, la gran vulgarizadora de todo lo bueno como de todo lo malo, el mundo católico se poblaba de innumerables asociaciones, cuya Patrona era siempre la Virgen María.

No hay interregno—dice el gran Monseñor Beaunard—en la soberanía de María durante el siglo XIX.

"Por los años á que nos venimos refiriendo, una piadosa y poética costumbre había comenzado á generalizarse: la de consagrar á la Santísima Virgen el mes de Mayo y santificarlo con ejercicios en su honor. Creemos que de Italia nos vino esa práctica, y en la misma Italia encontramos el primer *Mes de María* publicado en Palermo por el Padre Lalomia (1758), después traducido al francés por el P. Doré, Jesuíta, quien lo dedicó á *Madame Louise de France.* Otro libro con el mismo título se escribió más tarde, también en italiano, por el sabio P. Muzzarelli, teólogo de la sagrada Penitenciaría, muerto en París en 1813. En 1815, Pío VII estimuló esta devoción por medio de indul-

gencias concedidas á los fieles. Uno de los más antiguos *Meses de María,* escrito por uno de los convertidos por la Santa Virgen, el Abate Debussi, "bendecía la misericordia divina por haber inspirado á tan gran número de pastores el pensamiento de santificar sus rebaños por medio de los piadosos ejercicios de ese mes." Y mostraba desde entonces "los fieles de las parroquias, decorando y cubriendo de flores los altares de María, exponiendo y honrando su imagen en sus casas, reuniéndose en las iglesias para rezarla, asistiendo á la Misa, recibiendo los sacramentos, haciendo una lectura común y cantando alabanzas á Dios y á su augusta Madre."

"Siguiendo aún ese rito, el mes de María se celebra en nuestros días en todas ó casi todas las parroquias de Francia. A la piadosa lectura algunos han substituído una instrucción oral, y hasta una serie de conferencias acerca de María ó á propósito de María.

"¿No ha resultado en alguno de esos púlpitos cierta insipidez en la palabra sagrada? Y, por otra parte, la literatura florida de ciertos *Meses de María,* ¿no ha menoscabado en algo la antigua gravedad del culto de la Virgen prudente? Nada tenemos que ver en ello. En todo caso es una religiosa y bella inspiración la que pide á la primavera el homenaje de su más rico adorno, para la que es reina del cielo y de la tierra. Y de buena voluntad diría á toda esa naturaleza, con el Libro santo: "Oh flores de Mayo! floreced para ella como el lirio; árboles, dadle vuestro follaje; tierra, exhalad en su honor el perfume de vuestro incienso; entonad vuestro cántico, y que así el Señor sea alabado en sus criaturas." (12)

Por el año de 1830, introdújose, procedente de Italia, la costumbre de consagrar á María el mes de Mayo, poética costumbre hoy universal, al punto de que en nuestra lejana República no hay un solo poblado presidido por una iglesia en donde no se ofrezcan á la Reina de los Angeles, en la época más hermosa del año, las flores y los corazones.

En esa misma época (1830) apareció como precursor del dogma el acostumbrado heraldo de las cosas sobrenaturales, el milagro, y cedamos la palabra á un



historiador veracísimo para que lo refiera mejor que nosotros:

"La primera de estas manifestaciones sobrenaturales de María es la de la llamada Medalla milagrosa. Una humilde y santa Hermana de la Caridad, Catherine Labouré, cuenta que, el 18 de Julio de 1830, víspera de la fiesta de San Vicente de Paul, á las once de la noche, en el dormitorio de la casa de la calle de *Bac,* en París, fué despertada, conducida á la capilla por un niño maravilloso, puesta en presencia de María, quien le anunció claramente las sangrientas jornadas de Julio la caída del trono y una misión de la que ella misma se encargaría en bien de Francia. Segunda aparición, el 27 de Noviembre del mismo año: María rodeada de rayos, con los pies sobre una esfera, lleva en rededor suyo esta invocación escrita con letras de oro: "¡Oh María concebida sin pecado! rogad por nosotros que recurrimos á Vos." Tal es el modelo para la medalla que deberá grabarse en su honor. "Los que la lleven con indulgencias, recibirán grandes mercedes." Tercera aparición en el mes de Diciembre; después se sucedieron otras hasta el año de 1836, confirmando las primeras. Las pruebas brillan, las predicciones se verifican, la santidad de la Hermana edifica y alienta, las dudas se disipan en los espíritus más desconfiados; el Arzobispo de París, Monseñor De Quélen, acepta que se grabe la medalla, según el tipo indicado, y la recomienda á la piedad de los fieles por medio de una carta pastoral de 15 de Diciembre de 1836. ¿Hay necesidad de decir que el metal por sí mismo no tenía virtud alguna? Pero provocaba una oración y llevaba inscrita una profesión de fe. Era un signo. El misterio de la Inmaculada Concepción se manifestaba por medio de este signo, y se atraía la creencia y la confianza de los pueblos." (13)

Estos sucesos maravillosos fueron confirmados por otro de indiscutible autenticidad, la conversión del judío Ratisbonne, que, si no nos equivocamos, murió siendo Patriarca de alguna región católica de Oriente. El mismo Monseñor Beaunard refiere así el glorioso suceso:

" Sin embargo, en Roma (Enero de 1842), la colonia francesa que allí residía, estaba conmovida por

una maravilla de gran resonancia. Un joven judío alsaciano, M. Aphonse Ratisbonne, rico, de buen porte, instruído, en vísperas de un gran matrimonio con una de sus correligionarias, á la que amaba; obstinado, apasionado, fanático por el judaísmo, entró casualmente y por acompañar á un amigo, en la iglesia de *Saint-André delle Fratte,* cuando súbitamente, en una capilla, María se le apareció de pie, grande, resplandeciente, permaneciendo sobre el altar y haciéndole señas de que se arrodillase. Allí es donde su amigo le vuelve á encontrar estupefacto, bañado en lágrimas, absorto: "La he visto, es María, tal como la representa la medalla ¡Es Ella!" Esta medalla era la que su amigo acababa de enviarle, y la llevaba consigo. Otro amigo, Albert de la Ferronnays, había expirado tres días antes, ofreciendo su vida por la conversión de este interesante endurecido. Y el mismo día de sus exequias, María había aceptado la ofrenda. "Ella no me ha hablado, pero todo lo he comprendido"—repetía el judío transportado de júbilo."

"El mundo comprendió también cuando le vió abandonar situación, medio, novia, sueños de porvenir, para ser bautizado y hacerse cristiano. Poco después pensó que debía ser sacerdote católico y lo fué. Roma había hecho constar jurídicamente el milagro, en el brillo de su evidencia. París, Francia, el mundo cristiano y el mundo israelita lo proclamaron largo tiempo; sobre todo, Francia, donde el nuevo sacerdote vino á asociarse á su hermano en la obra apostólica de Congregación de Notre-Dame-de-Sion, fundada por ellos, para la conversión de los judíos, sus hermanos siempre queridos." (14)

Nos hemos detenido tanto en los milagros, precursores de la definición dogmática, insertando en el texto los episodios citados, porque nada como ellos demuestra la conveniencia de tal definición, ya que se operaban por el instrumento material de una medalla, con la efigie y el lema de la Inmaculada Virgen.

No hablo de otros milagros que los historiadores refieren, porque no tengo de su autenticidad la misma certeza, pero los referidos bastan á mi propósito.

Y á ellos añadiré, para concluir, otro hecho sobremanera significativo y elocuente que, sin ser sobrenatural, por las circunstancias especiales que lo rodearon, declara nuevamente la voluntad del cielo.



La república que en cualquiera otra parte puede alguna vez ser legítima y conveniente, pero que en Roma será siempre sacrílega y nefanda, alzó la bandera de la revolución en la Ciudad Eterna, y el Papa destronado huyó á Gaeta furtivamente como si fuese un criminal, desprovisto de soldados propios, sin el apoyo de la cristiandad, por el momento al menos y sobre todo, procurando evitar la fratricida guerra civil. (15)

En aquellos momentos, antes que confiar en Francia y en España y en los bravos voluntarios que se aprestaban por todas partes á la defensa del Papado, Pío IX vuelve los ojos al cielo, pero este movimiento sencillo y natural en un Pontífice, tiene, en el hecho que referimos, algo de extraordinario, porque el Papa no se limita á orar, ni á implorar las plegarias del universo entero, sino que en momentos en que parecían deber embargarlo los cuidados de la defensa de su trono, se dirige á los obispos de la catolicidad, pidiéndoles su juicio acerca de la declaración del dogma de la Inmaculada.

Es hermoso ver al Papa prisionero pensar más en los asuntos de la Iglesia, que en la libertad de su persona y la conservación de su cetro; es sublime aquel varón inerme buscando en la religión armas que le niega la humanidad; es indicio seguro de la aprobación del cielo á la grandiosa idea, el que la haya propuesto á la Iglesia un Papa proscrito, escarnecido, destronado. Cuando los Pontífices no tienen el poder temporal, Dios los asiste por medios sobrenaturales. Si la declaración dogmática misma no enseñase á los católicos su oportunidad, yo creería en ella sólo ante la augusta, la sublime, la santa actitud de Pío IX en el reino de Nápoles. (16)

---